

## Prólogo

*Viernes, 9 de noviembre de 1917*

Se desprendió de la noche. Y de la noche, durante unos instantes, nada lo distinguió. Hasta que una chispa, reflejo del candil que la mujer sostenía delante del morro del caballo, descubrió un monóculo. El hombre se dirigió a la mujer en un italiano impecable, levemente alterado por disonancias metálicas, que delataban su lengua materna, el alemán. Había algo formidable y torvo en aquel rostro bañado por la luz oscilante, como si las estrellas y el polvo se hubieran dado cita allí.

—Llamaré al ama —dijo Teresa en dialecto, en el que hablaba siempre, celando el miedo en su alma, ya acostumbrada a las maneras de los señores. Bajó el candil y la oscuridad volvió a apoderarse del capitán y del caballo del capitán.

Una, dos, tres antorchas arrojaron luz bajo los arcos del soportal. Teresa se cerró el mantón sobre el pecho para ahuyentar un escalofrío. En el camino de delante de la verja, más antorchas, chirriar de carros, griterío de soldados, el faro de un camión, y el duro silencio de las mulas en la llovizna helada. Al cerrar el batiente de roble tras de sí, Teresa reparó en que yo la estaba espiando, encaramado a la ventana del porche. Se llevó el dedo a los labios y me gruñó a la cara su enfado.

La tía Maria seguía de pie, vestida de negro, el cuello cerrado

con un alfiler de marfil. Por la ventana escrutaba al ejército que iba llenando la plaza, donde la luz de las fogatas engullía la de los faros. Cuando entramos, se volvió hacia la puerta.

—Ama, ama, am...

—Calma, Teresa, calma, ya me ocupo yo. Ve a decirle a ese del caballo que ahora mismo voy.

La cocinera salió cabizbaja, el candil pegado a la rodilla, los pies pesados. Con un gesto de los ojos la tía me mandó que la siguiera. Firme en la silla, el capitán observaba el fluir de los soldados sin mover un párpado, atento a mantener el caballo bajo la piedra del soportal; su distante inmovilidad emanaba órdenes mudas que todos —oficiales, mulas, soldados— parecían entender sin vacilación.

—El ama —un golpe de tos—, el ama ha dicho que ya viene.

Teresa dio un paso atrás para espantar el hedor del caballo. Los soldados descargaban las mulas y colocaban las ametralladoras a cubierto bajo los arcos, emprendiéndola a patadas con las palas y los rastrillos que había contra la pared. La cocinera lanzó un gemido en el que depositó su desprecio; aquellas herramientas eran humildes y queridas, perros fieles contra los que se ensañaban unos lobos. Las zapas militares abrían una puerta tras otra y los soldados entraban con los macutos pesados, vaciando muebles, rompiendo cosas, y sus voces eran groseras, un amasijo de sílabas secas. Uno, con el casco cubierto de hojas apelmazadas, entró en el salón con la motocicleta estruendosa y paró en seco a un paso de la mesa de roble.

La tía Maria salió.

—*Herr Kapitän*.

El capitán saludó como un soldado, sin sonreír.

—*Kapitän Korpium* —dijo—. Somos dieciocho, entre oficiales y ordenanzas, nos acomodaremos aquí. —Extrajo un monóculo del bolsillo—. Si creen que no pueden recibirnos —añadió, encajando

la lente entre la ceja y el pómulo—, tendrán que desalojar la casa. —Su voz era tranquila, fría. Cada sílaba sonaba separada de la otra, como si el pensamiento necesitara de todas aquellas minúsculas pausas para organizarse.

Una media docena de bicicletas franqueó la verja. El caballo del capitán sacudió la cabeza.

—Puede que sea usted un gran guerrero —dijo la tía—, pero sin duda no es un caballero.

—Mis suboficiales dormirán en la posada de la plaza, los oficiales en la villa, los soldados en las casas de la zona. Montaremos tiendas y la cocina de campaña en su parque. —Se recolocó el monóculo entre el arco de la ceja y el pómulo marcado—. A lo mejor mañana cruzamos el Piave, y nada aquí volverá a ser como antes.

—A lo mejor —dijo la tía—. O a lo mejor la guerra les arranca la piel a tiras —añadió en voz baja, para que no la oyeran.

El capitán hincó los talones en la barriga del caballo, se volvió hacia las mulas que seguían entrando, hacia los soldados iluminados por los candiles de los suboficiales, que voceaban.

Oí los ladridos de un perro, distantes. Y de un segundo, de voz hueca. Luego un disparo de fusil, otro más, y más lejos un tercero. El tufo de las mulas había entrado en el salón. Los soldados destrozaban mesas y sillas para encender las chimeneas. Se apartaron, sin embargo, al paso de las dos mujeres, que caminaban erguidas delante de mí, y uno de ellos, rubio paja, con los ojos tan saltones como los de un sapo, se cuadró.

—En esta tragedia —murmuró la tía— hay algo ridículo.

—Un burro es más educado que ellos —dijo Teresa—. Madre mía, estos chicos, qué cosas.

—Mañana se los llevará la guerra. Dile a Renato que monte bien la vigilancia. Tú y Loretta dormiréis arriba conmigo, en dos yacijas

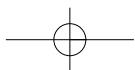
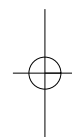
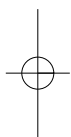
en el suelo, nos atrincheraremos en la habitación. Tú, Paolo, te quedarás con el abuelo. —Miró a la cocinera a los ojos—. ¿Has escondido los cuartos?

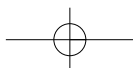
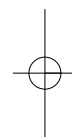
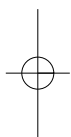
—Como me mandó, ama.

—Bien. —No había rastro de emoción en la voz de la tía, tenía los nervios y la mente firmes; la cocinera debía de saber a quién obedecer—. Las armas son poca cosa, pero esta gentuza no lo sabe. —Calló un momento, para dar tiempo a Teresa a descifrar y digerir—. Nosotros saldremos de esta.

La cocinera levantó el candil sobre los escalones desgastados.

## Primera parte





## 1

El tercer novio de la abuela tenía los pies demasiado grandes para considerarlo inteligente. Tonto no era, porque sabía holgazanear con elegancia y tesón, pero, dadas las dimensiones de los pies, la atención que consagraba a su cabeza no podía ser mucha. El abuelo Guglielmo, que presumía de varias amantes, decía que ese —al rival no lo llamaba nunca por su nombre— hablaba solo por ventilar la boca: «A los tontos les gusta lucir su tontería, y para eso no hay nada mejor que la palabra».

Al abuelo le gustaba encasillar en sentencias las cosas del mundo. Sentenciaba masticando un puro y simulando un aire de marinero de muchos mares, precisamente él, que odiaba el agua, sin excluir la del lavabo. Liberal de hierro, se mofaba de las blandas simpatías socialistas de la abuela: «Encierra a tres de los tuyos en una habitación y a la media hora tendrán cuatro opiniones diferentes». Pasaba muchas horas del día escribiendo una novela que nunca terminaba, según la abuela jamás había escrito una sola línea: «Es un truco para mantener alejados a los mocosos y a los aldeanos». Nadie, sin embargo, se atrevía a entrar en el Retiro, el lugar donde el abuelo pasaba casi todo el día, menos cuando llovía, pues entonces salía a pasear sin paraguas, solo, con el sombrero de fieltro con el ala deformada. Era budista, aunque de Buda no sabía gran cosa. De lo que sí sabía era de brisca

y de historia, y escribía cartas al *Gazzettino*, que nunca le publicaban porque cubría de insultos a los administradores de la ciudad de la laguna, «Una panda de sucios hijos de curas bobos», como decía él.

La abuela, en cambio, revoloteaba sobre todo. Si había que gastar media lira, decía: «Mejor no», y aquel «Mejor no» se repetía dos docenas de veces al día. A despecho de sus setenta años, era alta y erguida, fuerte y guapa, una pantera canosa. Su cuarto de baño era un poema: ornado de lavativas de color beige, ocre, negro y piel. Había dos o tres en cada brazo de la percha de loza, mientras pijamas y bragas descansaban en una cómoda verde, sobre la que había un cuenco de cristal de Murano con una decena de collares de perlas falsas y miniaturas de cristal. Las lavativas, en sus días de gloria, llegaron a ser dieciséis, con las cuatro perillas de un cuarto, de medio, de tres cuartos y de un litro. Las bolsas, todas de hule, tenían forma redonda, de pera, de calabaza, de melón, y los tubos de goma opaca, reflejados en la palidez del mosaico, parecían tentáculos de criaturas marinas con puntas retorcidas.

Los tres criados —Teresa, su hija Loretta y Renato— valían por seis. Loretta, de veinte años, era guapetona y tenía los ojos torcidos, que miraban hacia abajo, pero cuando te miraba directamente sabías que te odiaban y que no sabían hacer otra cosa. Renato tenía una pierna más corta que la otra y cojeaba. Era mi preferido y sabía hacer de todo: pescar en el río con arpón y cuchillo, pero también desplumar el pollo para la cazuela de Teresa. Y ella, Teresa, era un portento. Fea, pero de una fealdad singular, tenía cincuenta años bien llevados y era más fuerte que una mula, y no menos testaruda. En cambio, la tía Maria —doña Maria para los extraños— era atractiva, cautiva de un orgullo que deslumbraba y alejaba a los hombres; la cortejaban con discreción hasta los espíritus más apasionados y audaces, una condena nada desdeñable.



Y luego estaba Giulia. Giulia, hermosa y pelirroja, estaba loca. Era una bofetada de pecas. Había huido de Venecia por un escándalo del que nadie osaba hablar; en el pueblo había más de uno que, al verla pasar, escupía al suelo, y no faltaban las beatas que se santiaguaban para ahuyentar al demonio. Tenía seis años más que yo y cuando la veía aparecer, aunque fuera a lo lejos, me sonrojaba. No estaba en el manicomio porque era una Candiani, y a los señores —al menos en aquellos años—, no los encerraban, y tampoco se les llamaba locos, si acaso excéntricos: un señor era cleptómano, no ladrón, y una señora ninfómana, no puta.

Aquella noche del 9 de noviembre, cuando los alemanes se apoderaron de mi habitación, fui a dormir al desván, un espacio abierto de nueve metros por cinco, con cuatro tragaluces y las cimbras de alerce que me obligaban a mantener agachada la cabeza. Allí compartí con el abuelo un catre tirado sobre las tablas del suelo, que estaba completamente astillado, mientras que a la abuela le permitieron quedarse en su dormitorio.

La derrota del ejército italiano era una vergüenza que cada soldado invasor nos arrojaba a la cara; yo tenía diecisiete años, casi dieciocho, y ver al enemigo mangonear en mi casa me resultaba insupportable. Los de la quinta del 99 ya estaban en las trincheras; dentro de pocos meses me tocaría a mí.

—Falta poco para que lleguen a Roma a liberar al Papa, eso dicen ellos, eh... entre malnacidos se entienden, digo yo. —Para el abuelo los curas estaban un escalón más arriba, bastante corto, que los recaudadores de impuestos—. Esos cuerpecitos en faldas tienen la imaginación de un pavo, pero la astucia del zorro y la serpiente; ellos son la gran burla de la creación, no las llagas de Job... fíjate, Buda no tiene curas —me miró directamente a los ojos, algo que hacía raramente desde que había perdido a mis padres—, o si los tiene

no son pro austríacos. —Se escupió en la palma de la mano, que limpió con su enorme pañuelo.

Me gustaba el abuelo. Del gorro de dormir solo se separaba, y muy a su pesar, hacia las diez de la mañana. Sin embargo, aquella noche durmió sin su gorro. Fue atado a una silla entre un soldado de infantería y un cabo, quienes, apretándole aquel la culata de su fusil contra el esternón, acariciándole este el cuello con la hoja de su bayoneta, le hicieron confesar el escondite de las joyas. Afortunadamente, la abuela, sin que él se enterara, había podido guardar las cosas más valiosas —y un puñado de esterlinas de oro— en la bolsa de una de sus lavativas, objetos demasiado humildes y cercanos a la mierda para despertar el ansia de los saqueadores.

—Estoy preocupado por María... pues sí, si hay alguien que puede asustar a un alemán es ella —dijo el abuelo, acurrucándose en el catre. Las hojas de pancha crujieron bajo su peso. Miraba las vigas con los ojos húmedos, pero no quería que notara su miedo; nuestras vidas, nuestras cosas, todo estaba en manos del enemigo—. La guerra y el botín son los únicos esposos fieles —añadió.

Me coloqué a su lado. El abuelo quería a la tía, «es una mujer con estilo y encanto», decía. Era la hija de su hermano, desaparecido en el naufragio del *Empress of Ireland*, en mayo de 1914, junto con la mujer de aquel y mis padres, en ese viaje que todos, en la familia, llamaban la «gran desgracia». Desde entonces se le habían confiado los asuntos de la villa, quizá porque la abuela se dedicaba a mi educación, aunque con desganada constancia.

—¿Alguna vez has mirado bien a los ojos a tu tía? Son verdes, firmes como piedras. ¿Sabes qué dicen los marineros? Que cuando el agua se vuelve verde la tempestad te devora.

El abuelo nunca había estado en el mar, pero sus conversaciones estaban plagadas de dichos e imprecaciones de capitán de navío:

«Larguen velas», «Bancos de niebla», «Como te atrape, te cuelgo del palo mayor», frase esta última que desterró de su vocabulario desde que, inmediatamente después de la «gran desgracia», me exigió que lo tutelara.

Todos se volvieron muy amables conmigo después del naufragio del *Empress*, y yo aproveché para pasarlo bien; lo bueno es que no había sufrido, al menos no como se esperaba. Mis padres eran para mí unos extraños, o casi. Me habían mandado a un colegio para quitarse un problema de encima, o porque —queriendo ser benévolos— pensaban que la educación de los jóvenes era un asunto para el que el padre y la madre no valen. Mi colegio era de los dominicos, y los padres consideraban la salud del cuerpo por lo menos tan importante como la del alma, sobre la que eran —lo cual asombraba no poco— propensos a admitir cierta ignorancia.

En el día fatal, el director —un estudioso de Santo Domingo de Guzmán, que a los chicos nos parecía centenario a causa de la barba blanquísima y de la curvatura de la espalda— me mandó llamar. Su despacho, forrado de gruesos libros de cuero, medía tres pasos por cuatro; allí el hedor a moho, a papel, a tinta, a sobaco y a aguardiente se disputaban el terreno. Levantó la frente del manuscrito que estaba consultando y me examinó con todo el azul de sus ojos, engrandecidos por las lentes.

—Siéntese, jovenzuelo.

No hizo preámbulos ni atenuó la noticia con cuentos de la vida eterna. Hablaba con voz enérgica, sin una pausa. No intenté fingirme apesadumbrado, y dije:

—No sentiré su falta.

Apretó los párpados y me miró con cara seria.

—Hay cosas que se comprenden después —dijo antes de hundir de nuevo la nariz en el manuscrito. Puede que ni me oyera salir, pero

esas palabras se me quedaron grabadas; él tenía razón, el golpe llegó después, la herida se abrió poco a poco y poco a poco cicatrizó.

El abuelo no dejaba de mirarme.

—¿Y ahora, abuelo, qué va a pasar?

—Ahora, *c'è* —le gustaba llamarme así—, nos quedamos quietos y dejamos que nos saqueen, estos no tardan nada en asesinarlos, ¿has oído lo que les hacen a los jornaleros? Los ponen contra la pared y echan cubos de agua alrededor de la casa para encontrar el caldero y las otras cosas de valor..., donde la tierra está removida el agua baja enseguida. —Sonrió, porque sonreía cuando tenía miedo—. Dos kilos de monedas valen un cochinillo... pero confío en la abuela. Me ha dicho dónde había escondido las joyas falsas haciéndome creer que eran las buenas. Las de verdad no las encontrarán aunque caven todo el jardín. —Suspiró—. Menos mal que mañana se marchan.

—Pero entonces el frente... ¿tú crees que no aguantará ni en el Piave?

—La guerra está perdida, *c'è*.

Doña Maria no podía pegar ojo. Me lo contó a la mañana siguiente. No había habido nunca espacio para el miedo en su mente. No temía por ella ni por nosotros.

—Esos chacales tienen otra cosa en que pensar, pero si llegan a Venecia habrá un saqueo sin fin. Y ahora están aquí, en mi jardín, en mis salones, en mi cocina, y construyen letrinas, en la tierra donde reposan mi madre y la tuya.

No era verdad. La eficiencia teutónica aún no había llegado a contemplar los sumideros del campo, pero la tía tenía una imaginación meticulosa, ávida de detalles, sobre todo de los más desagradables.